

Santo, y comprende todos aquellos que son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los creyentes son santificados: **«por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo»** (Hechos 2:1; 1 Pedro 1:2; 1 Cor. 12:13).

En consecuencia, creen que el Cuerpo de Cristo es un organismo vivo compuesto por muchos miembros que se hallan unidos de un modo inseparable (Rom. 12:4-5; Efes. 4:1-16).

Puesto que los pasajes de las Escrituras que se acaban de citar enseñan (junto con otros) que Dios mismo ha compuesto ese organismo desde el comienzo, desean obrar en consecuencia y reunirse simplemente como miembros del Cuerpo de Cristo.

### **Su deseo ha sido volver a la manera de hacer en el Nuevo Testamento**

y, en modo alguno, formar una nueva denominación o una nueva organización eclesiástica. De hecho, muchos de ellos salieron de grupos de esa clase para reunirse en torno a Cristo fuera del campamento, llevando su vituperio (Heb. 13:13).

Recalcan el hecho de que todos aquellos que se han arrepentido y han creído en el Evangelio son sus hermanos en Cristo y, conjuntamente con ellos, miembros de un solo Cuerpo. Dado que el apóstol Pablo denunció la introducción del sectarismo y de las denominaciones como algo carnal —hasta lo condenaba formalmente— estos creyentes escuchan con humildad el llamamiento del apóstol en el nombre del Señor Jesucristo a no participar en ninguna división de la cristiandad (1 Cor. 1:10-13; 3:1-5).

En consecuencia serían felices de ver a todos los cristianos reunirse del mismo modo, dando el primer lugar a la única Cabeza del Cuerpo, nuestro Señor Jesucristo (Col. 1:18). En sus asambleas locales se aplican en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efes. 4:1-3), reconociendo todas las asambleas que se reúnen simplemente en el Nombre del Señor Jesucristo sobre el principio de la existencia de un solo Cuerpo.

Creen que el Espíritu Santo está presente en la Iglesia, la dirige y la guía (Juan 14:16-17; 16:13-14). Comprenden con gratitud que han sido hechos adoradores y sacerdotes, por lo que, cuando se reúnen quieren dar plena libertad al Espíritu Santo, de utilizar a quien quiera como voz, trátase de la oración, la alabanza o la exhortación (1 Pedro 2:5,9; Apoc. 1:6). Han comprendido que todos los creyentes poseen dones espirituales

dados por Dios y que cada uno debería utilizar esos dones bajo la dirección del Espíritu Santo, con el propósito de glorificar a Dios (Rom. 12:5-8; Efes. 4:7-11; 1 Pedro 4:10-11).

Si alguien es llamado por el Señor a consagrar su vida al ministerio de la Palabra o a cualquier otro servicio, lleva a cabo ese trabajo con la aprobación y la comunión de su asamblea local (Hech. 13:1-3; 14:14-26). Esto no anula su responsabilidad personal frente al Señor puesto que camina por la fe. Al igual que a todos los hermanos y hermanas, la Iglesia le prodiga sus cuidados y su disciplina.

### **Las responsabilidades de la asamblea local**

Estos cristianos están seguros de que cada asamblea local tiene la responsabilidad de mantener, sujetándose a Dios para ello, la santidad en la casa de Dios (Sal. 93:5; 1 Cor. 5:11-13). Esto implica un interés y unos cuidados recíprocos, amonestarse, consolarse y soportarse unos a otros, según las necesidades (1 Tes. 5:14). También lleva a separarse de aquellos cuya conducta o doctrina dejase de ser buena, y a recibirles nuevamente si se arrepienten (2 Cor. 2:5-11).

Creen que cada asamblea es una representación local del Cuerpo entero y que cada decisión tomada en el Nombre del Señor es reconocida, de acuerdo con la Palabra, como un acto revestido de autoridad y vinculante de un modo universal (Mateo 18:18).

Creen que las Escrituras enseñan que las hermanas deben permanecer calladas en las reuniones de la Iglesia y deben cubrirse la cabeza, para mostrar la primacía del varón y que la soberanía y la gloria del Señor deben ser manifestadas en la Iglesia (1 Cor. 14:34-35; 11:3-13; 1 Tim. 2:8-12).

Según Hechos 2:42 tienen reuniones para predicar la Palabra, partir el pan y adorar, y para orar.

Desean perseverar en la lectura, la exhortación y la doctrina. Por eso leen la Palabra de Dios y esperan que el Espíritu Santo les muestre el significado de lo que han leído por medio de quien desee (1 Tim. 4:13; Nehem. 8:8).

### **El día del Señor**

El Señor Jesucristo instituyó la Cena poco antes de su muerte y encomendó solemnemente a sus discípulos que partiesen el pan y bebieran el vino en memoria Suya. Más tarde, le fue revelado a Pablo que **«todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga»**.

Por este motivo estos cristianos han querido perseverar en el partimiento del pan cada domingo en recuerdo del Señor Jesucristo, tal como lo hacían los discípulos en los primeros tiempos de la Iglesia: **«El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan»** (Hechos 20:27).

Si usted entra un domingo por la mañana en la modesta sala donde unos cristianos están reunidos alrededor del Señor, los verá alrededor de una mesa encima de la cual hay un pan y una copa de vino. El pan es el símbolo del Cuerpo de Cristo, que fue dado por nosotros; la copa es el símbolo de su sangre, que fue derramada por nosotros (1 Cor. 11:23-25). Eso es todo lo que se ve, pues no hay pastor, ni ancianos, ni nadie que dirija la reunión.

Si usted pregunta quién va a dar gracias por el pan y por el vino, le dirán que cualquier hermano de la asamblea que esté en buen estado espiritual podrá hacerlo. En esa reunión todos los creyentes realizan la función de **«sacerdotes santos»** para llevar al Señor la alabanza y la adoración, recordarle en su muerte y **«ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo»** (1 Pedro 2:5).

Quizá algún hermano presente la Palabra de Dios después de la celebración de la Cena, o en otra reunión más tarde.

### **Admisión a la Mesa del Señor**

Estos cristianos se alegran de recibir para el partimiento del pan a todos los creyentes que tengan el deseo de andar piadosamente en la verdad según la Palabra de Dios (Hechos 2: 41-42).

Ser recibido implica participar de todos los privilegios y responsabilidades de la vida de asamblea y de la comunión. Dichos creyentes son recibidos como miembros del Cuerpo de Cristo y no como *«miembros de nuestra iglesia»*, ya que todos los cristianos, al convertirse, han sido hechos partícipes de la única verdadera Iglesia, y toda adhesión posterior a cualquier grupo es inútil y sólo causa división (Hechos 2:47 al final).

Ser admitido a disfrutar del privilegio de participar en la Cena del Señor no es ser admitido en una comunión *«abierta»* a todos aquellos que lo deseen, ni en una comunión *«cerrada»* por unas normas o arreglos humanos. Se trata de la Mesa del Señor y debemos **«cuidar»** de ella debido a la santidad de aquel cuya muerte es recordada.

Están convencidos de que aquellos que participan de la Cena del Señor expresan de ese modo el recuerdo del Señor. De este modo también participan de la Mesa del Señor y expresan así su comunión e identificación con todos los demás participantes del pan y el vino (1 Cor. 10:14-22).

En consecuencia, si han comprendido bien estas verdades, los que participen se examinarán a sí mismos antes de tomar la Cena del Señor, para no hacerlo indignamente y no deshonrar al Señor, a quien han venido a recordar (1 Cor. 11:27-34).

Individualmente, sólo participarán de la Cena con asambleas que se reúnan sobre el principio de que hay un sólo Cuerpo y no sobre principios de denominaciones o de independencia. Desean tomar la Cena de acuerdo con la verdad acerca de un sólo Cuerpo de Cristo, sea en su asamblea local, sea cuando van de viaje a otra localidad.

No es que piensen (ni mucho menos) que las Mesas de las congregaciones de cristianos profesantes sean mesas de demonios, pero aceptan totalmente el principio de asociación indicado en 1 Corintios 10:18,20-21. En consecuencia, sólo tomarán la Cena allí donde la unidad del Cuerpo de Cristo y la santidad de la Casa de Dios son comprendidas y aceptadas.

### La redención cumplida

No es una creencia incierta sino una fe absoluta: La caída del hombre y su perdición absoluta, su culpabilidad, su estado de muerte e impotencia; la total inutilidad de las buenas obras, de observar los mandamientos de la ley, o de reformarse uno para obtener así la salvación; el extraordinario amor de Dios, que nos ha dado un Salvador en la persona de su Hijo Amado; la perfección inmaculada de Cristo, así en su naturaleza divina como en su verdadera humanidad; la reconciliación por medio de la sangre de Cristo derramada en la cruz, por la cual se ha cumplido la redención; su resurrección como prueba de que Dios ha aceptado esa expiación.

Por eso **«no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos»** (Hechos 4:12) excepto el Nombre de Cristo resucitado, pues **«de éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre»** (Hechos 10:43).

Él es aquel que, por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. **«Y habiendo sido perfeccionado,**

**vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen»** (Hebreos 5:9).

Estos cristianos han constatado que todo creyente puede estar seguro del todo de su salvación ahora y eternamente y que esa seguridad no se debe a sentimientos o vivencias sino que está basada en la obra de Cristo, hecha una vez para siempre. El creyente no puede perderse jamás; gracias a la muerte y resurrección de Cristo, está tan a salvo como si ya se encontrase en el cielo (1 Juan 3:2; Juan 10:28-30).

Sin embargo, ven que las Escrituras les pone en guardia para que no tomen esta doctrina como pretexto con el fin de obrar según la carne; efectivamente, ellas insisten en las buenas obras, que son el fruto de la salvación. Estos creyentes, además, tienen muy en cuenta el pasaje de Tito 2:11-15.

### Conclusión

En la iglesia, la presencia del Señor Jesús resucitado, es lo que congrega a los hijos de Dios conducidos por el poder del Espíritu Santo. Quienes así se reúnen en su nombre, dan testimonio de que reconocen los derechos y la autoridad del Señor.

Afirman someterse a su Palabra. Confiesan que sólo Él es la Cabeza de su Iglesia y que le corresponde ser el primero en todo. Afirman amar a todos los hijos de Dios, con un amor que se ajusta a dos principios: obedecer a Dios y cuidar los unos de los otros (1 Juan 5:2).

Todo aquel que desee escuchar el Evangelio de la gracia de Dios y la predicación de la Palabra de Dios es bienvenido en las reuniones de esos creyentes. Igual que el Señor Jesucristo decía **«Venid y ved»** a las almas angustiadas que le hacían preguntas, nosotros le decimos: ¡Venga y vea! (Juan 1:39).

D. Omojola

Quien quiera más informaciones puede escribir a:

EDICIONES BÍBLICAS

1166 PERROY (Suiza)

# LOS CREYENTES CONGREGADOS SEGÚN MATEO 18:20

**«Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»**

Son creyentes que desean ser identificados con el Nombre que es sobre todo nombre, el nombre precioso del Señor Jesucristo. El único nombre en el que se reúnen es el del Señor Jesucristo, centro divino de su reunión. Rechazan, por considerarlos contrarios a las Escrituras, todos los nombres de cualquier denominación y todos los sistemas que el hombre ha inventado para organizar la Iglesia. Convencidos como están, de que la Iglesia es un solo cuerpo, compuesto por todos los creyentes, rehúsan cualquier apelativo que no pueda tener en común todo el pueblo de Dios; así, prefieren llamarse simplemente *«cristianos»*, *«hermanos»* o *«santos»*, palabras éstas, que pueden referirse a todos los hijos de Dios.

Creen en la inspiración total y perfecta de la Biblia, a la que consideran Palabra de Dios, no (sólo) de un modo teórico sino real: **«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra».** (2 Tim. 3:16-17; 2 Pedro 3:15-16).

Convencidos de la autoridad absoluta de la Palabra de Dios y de la perfección de sus enseñanzas, estos cristianos creen en la unidad de **«la Iglesia del Dios viviente»** que es **«columna y baluarte de la verdad»** (1 Tim. 3:15).

Creen que la única verdadera Iglesia de Dios fue formada en la Tierra, el día de Pentecostés, por el Espíritu